

Madurez e inmadurez afectiva

Algunos signos más notorios

La palabra *madurez* es de origen botánico. Se dice propiamente de los frutos que están maduros o inmaduros. En sentido figurado, esta palabra indica una cierta plenitud psicológico - moral de la persona humana. Implica el desarrollo armónico y progresivo - de acuerdo con la edad - de todas las cualidades humanas, singularmente de la capacidad y necesidad de amar y de ser amado. En la madurez hay, pues, una cierta plenitud y perfección, y hay un orden y armonía de conjunto. La *madurez afectiva* repercute benéficamente en toda la persona: libertad, inteligencia, responsabilidad, comportamiento y relaciones con los demás, etc.

La *madurez afectiva* consiste en la *recta independencia en el amar*. Supone haber descubierto teóricamente, hasta llegar a un verdadero convencimiento, que *amar es querer y procurar eficazmente lo mejor para la persona amada*; que el amor no es un mero sentimiento, ni una simple atracción, sino que es ofrenda, oblatividad, donación, búsqueda sincera y eficaz del 'bien' para el otro; y que, por lo mismo, orientar a una persona hacia el propio 'bien', provecho o bienestar, es una imperdonable manipulación y un grosero egoísmo, aunque a veces se le confunda con el amor y hasta se le llama *amor*. Amar es *dar* y, sobre todo, *darse*. Uno sale de sí mismo, pero no para mendigar, sino para ofrecer y para dar.

Podrían señalarse, descriptivamente, los principales *signos de madurez*, sin tener la pretensión de ser exhaustivo y sin querer abrumar a nadie con una lista interminable

- *Equilibrio* -dinámico- en las emociones y en los sentimientos.
- *Capacidad de entrega* a los demás: sin egoísmo, gratuitamente.
- *Aceptación* de sí mismo y de los otros: con las respectivas cualidades y limitaciones.
- *Saber amar*: sin miedos y sin imprudencias, buscando eficazmente el bien de los demás.
- Capacidad para vivir en verdadera *amistad*: amando con amor personal, gratuito y entrañable sin exclusivismos ni polarizaciones; y dejándose amar, acogiendo con respeto litúrgico el amor que se recibe.
- Conservar la propia *independencia* y *libertad* y respetar la libertad e independencia de los demás. No avasallar nunca a nadie, ni querer controlar a las personas.
- Capacidad de *silencio* y de *soledad*: que no deben entenderse como mera ausencia de ruido o como aislamiento, sino como presencia de uno a sí mismo y como viva comunión con los otros.
- Unificación e *integración interior*: sin división ni dispersión.
- *Seriedad* y *alegría* armónicamente conjugadas.

- *Flexibilidad de juicio*, equidistante de la dureza o terquedad y de la simple condescendencia.
- *Tolerancia*, sin confundirla nunca con la apatía, con la indiferencia o con el escepticismo.
- Tener *criterios* propios y *convicciones* firmes, sin ceder nunca a lo que está de “moda”, y sin caer, de ninguna manera, en el fanatismo.
- Capacidad activa de *diálogo*: saber escuchar, tratar de comprender, dejarse iluminar y también ofrecer, con sinceridad y valentía, las propias reflexiones y los criterios y convicciones personales.
- Sentido de *responsabilidad*: que es capacidad para comprometerse y para responder de lo que uno hace u omite, y que implica actuar por motivaciones serias y nobles, y nunca por simple costumbre, gusto o capricho.
- Capacidad para *integrarse* en la sociedad y, de una manera especial, en la comunidad, sin timidez y sin descaro.
- *Sentido del humor*: no dramatizar, sabiendo relativizar las cosas y los problemas, viendo el lado bueno y hasta jocoso de la vida.
- *Optimismo moderado*: sentido triunfal, pero no triunfalista, de la vida.
- *Comprensión*, que no es ni implica aceptarlo o justificarlo todo.
- *Paciencia y perseverancia*, aun en medio de las dificultades.
- *Sentido común*, que es una forma de inteligencia práctica, de sentido crítico y de serenidad.

Y podrían señalarse también, en la misma forma descriptiva, los principales *signos de inmadurez afectiva*. (Bastaría, quizás, con decir que *el reverso* de cada una de las señales de madurez puede considerarse como *signo claro de inmadurez*).

- *Inestabilidad emocional*: cambios frecuentes y repentinos de humor, de sentimientos, de estados de ánimo.
- *Descontento habitual y espíritu de crítica*.
- *Egocentrismo*: creerse el “centro” de todos y de todo.
- *Terquedad* o falta de flexibilidad mental.
- *Insensibilidad o sensibilidad exagerada*.
- *Descontrol de la propia sexualidad*.
- *Dependencia infantil o independencia adolescente*.
- *Irresponsabilidad*, que implica actuar por primeros impulsos, por tendencias inmediatas, por simple costumbre, por gusto o por sentimiento, y no por motivos verdaderamente razonables y serios.

- Afán de “distinguirse” y de *llamar la atención*.
- *Espontaneidad* sin prudencia.
- *Incapacidad* para vivir en *silencio profundo* y en *soledad*, en concentración mental.
- *Exclusivismo* en el trato con las personas
- Incapacidad para mantener relaciones interpersonales profundas, como la *amistad*.
- *Envidias, celos, complejos*, que impiden actuar con libertad, *autoritarismo, etc.*

En el fondo, la *inmadurez afectiva* consiste en el *egoísmo*. Se vive mendigando, no ofreciendo ni dando. Se sale de sí mismo; pero para pedir, en actitud indigente y menesterosos. Uno se busca a sí mismo, incluso cuando se dirige a los demás. En toda forma de egoísmo, por sutil e imperceptible que sea, se orienta a los demás hacia el propio provecho y bienestar. Y, en este caso, intencionalmente, se convierte a la persona en “bien útil”, es decir, no se la trata como persona, sino como si fuera realmente una “cosa”. De ahí, la gravedad objetiva del egoísmo.

Por desgracia, existe bastante *inmadurez* en la vida religiosa; y no como dato de excepción, sino como tónica general: miedo a amar, espíritu de crítica, descontento habitual, insensibilidad o sensibilidad a flor de piel. susceptibilidad, desconfianza frente a los demás, envidia, dureza, escasa flexibilidad, autoritarismo, facilidad para complicarse la vida y para complicársela a los otros con problemas insignificantes, etc.

Sin embargo, Juan Pablo II ha repetido, desde el principio de su pontificado, que todo religioso y toda religiosa debe dar el testimonio de una "personalidad humanamente realizada y madura" (10-XI-1978) y que deben ser "personalidades maduras" (28-X-1979). Sólo entonces se pondrá de manifiesto lo que afirma el Concilio: "Quien sigue a Cristo, Hombre perfecto, se hace a si mismo más hombre: *et ipse magis homo fit*" (Gs 41).

La amistad personal con Jesucristo, que resuelve desde sus más hondas raíces el problema afectivo, es capaz de restaurar la urdimbre misma de la persona, da plenitud humana y equilibrio interior. Desde la experiencia de ser amado por Cristo con amor personal, gratuito y entrañable, divino y humano, rigurosamente infinito, la persona humana - varón o mujer- es capaz de amar al estilo mismo de Cristo. Y sólo cuando ama de esta manera, consigue la propia libertad y la plena madurez y llega al "estado del Hombre perfecto, a la madurez de la plenitud en Cristo" (Ef 4, 13).

La relación personal y entrañable con María - Virgen, Madre, Hermana y Amiga, en amor filial, fraterno y amistoso, es la mejor escuela de Amistad personal con Jesucristo y con los demás, y de maduración e integración de la afectividad.

[Cf Severino - María Alonso, C.M.F., "*Amistad y consagración en la vida religiosa*", (Madrid, 1998, 3ª ed., pp. 53-63)].